



Derivas sobre el yo en el presente y un poco más atrás, o en el medio, o en otra parte

Mariana Catalin
CONICET –UNR
marianacatalin@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo se interroga sobre la posibilidad que abre el análisis y las reflexiones sobre las escrituras del yo para pensar el lugar que la literatura ocupa en el presente. Para esto confrontamos el lugar que se le otorga a la primera persona en ciertas reflexiones sobre el presente de la literatura en *Babel. Revista de libros* a comienzos de los '90 con el que ocupa en formulaciones más recientes, como las de Alberto Giordano. A partir de aquí planteamos una serie de interrogantes que creemos que *Mis dos mundos*, la última novela de Sergio Chejfec, le abre a las maneras en que este problema se ha planteado en el campo literario e intelectual argentino.

Palabras clave: Escrituras del yo – Literatura argentina actual – Sergio Chjefec.

I.- Metodología

Como éste es un coloquio sobre escrituras del yo y tengo finalmente una anécdota con un escritor importante que viene al caso de lo que estoy pensando y escribiendo, se me ocurrió que podía empezar por ahí. La anécdota no tiene peripecias extraordinarias ni respuestas brillantes de parte mía, sino solo una pregunta, que es lo que en general uno espera que le quede de las anécdotas que puede incluir en una ponencia. Caminando con otros colegas por las calles de un suburbio de una ciudad importante, el escritor, que llamaremos X, me pregunta ¿por qué nuevamente un congreso en Rosario sobre escrituras del yo? Ustedes se podrán imaginar, más o menos, mi respuesta interna: “que por qué nuevamente un congreso de eso en Rosario, y, es medio obvio, es porque es el tema que le interesa a Giordano”. No le respondí esto al escritor X sino que balbuceé



alguna explicación un poco más coherente y cambié rápidamente de tema (sobre todo porque cada vez que hablo con el escritor X, y no es que viva hablando con escritores, en vez de elaborar comentarios perspicaces quedo embarrada en cosas que no sé cómo articular).

En ese momento, y si no la anécdota no serviría, ni se me ocurrió pensar de nuevo en eso, aunque sí me quedó una sensación extraña. La pregunta resurgió cuando corregía para el *Boletín* la reseña que escribí sobre *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Ahí me di cuenta de que el escozor que me había producido mi respuesta iba más allá de lo pobre que quedaba mi autofiguración ante el escritor X. ¿Era simplemente eso? ¿era una respuesta los intereses críticos de otro (y antes de que esto genere algún chisme sobre la coerción en el ámbito académico rosarino aclaro: no es que Giordano nos obligue a organizar congresos como estos, sino que muchas veces no hay tiempo, uno no hace el tiempo, para pensar en lo que justifica que se estén reservando hoteles para invitados y comprando agua mineral)? Sin duda hay algo de justificación en este intento, pero también algunos interrogantes que saltaron cuando releí la reseña. ¿Qué caminos me abre seguir las sendas de las escrituras del yo para pensar sobre los autores que me interesa pensar, en un campo intelectual en el que los ejes para describir el presente de la actividad artística y literaria se superponen reclamando preponderancia unos sobre otros, y sucediéndose en ese reclamo parecería cada vez más rápido? Mi trabajo de tesis no es, o no busca ser, específicamente sobre este tema, sobre las escrituras del yo, por eso pensaba, más allá de si la hipótesis de Giordano sobre el “giro” es comprobable o no, qué problemas más generales me permite leer en el campo literario actual y cómo se conecta con otro momento y con las preguntas que otra publicación se planteó. Porque el interrogante en cierto punto parece repetirse, aunque en un contexto que ya no es ni el de las vanguardias del 20 ni el de las del 60 ¿cuál es la relación entre el arte y la vida en primera persona?

En el número 7 de febrero de 1989, *Babel* le dedica un dossier a la autobiografía. Los dossier son en *Babel* el lugar desde dónde se articula una discusión sobre el presente (tanto el artístico literario como el presente de las ciencias sociales y aún más allá), discusión que gira en la mayoría de los números en torno al estado de la



modernidad a fines de la década del 80 y comienzo del 90 y los problemas que el cambio de ese estado genera. El copete del dossier nos introduce inmediatamente en la tensión: si todo texto es autobiográfico y toda autobiografía puede ser ficticia, lo que interesa, nos dice, es la tensión y el poder subsumirse a la ilusión de intimidad. El texto de Sergio Chejfec, que introduce los fragmentos que va a compilar la sección, parece insistir en esta dirección. Por un lado obedece, singularizándolo, al imperativo de los dossier: la autobiografía (aunque en función de los textos que luego se compilan deberíamos hablar mejor de lo autobiográfico, ya que la mayoría de ellos evade el formato tradicional) es ubicada en el comienzo de la novela moderna pero también articulando las rupturas, es decir, lo autobiográfico para leer de manera desplazada la modernidad y la tradición de la novela. Al mismo tiempo, la elección de leer en la tensión. Ni lo ficcional de uno ni lo autobiográfico de la otra sino la coincidencia efímera: “[Todos los que escriben sobre sí mismos] quieren creer, como la literatura más ancestral y elemental, que hay unos pocos momentos de coincidencia e iluminación entre ellos y el lector, los cuales desaparecerán apenas entrevistados y la lectura continúe” (7: 23)¹.

Pero tal vez aún más relevante que el lugar que se le da en el dossier a este tema, es lo que plantea en ese mismo número María Moreno en su columna “La mujer pública”². La cita va a ser extensa pero me permite, creo, articular una serie de tensiones, y al mismo tiempo no descontextualizar la afirmación:

¹ Las citas de la revista *Babel. Revista de libros* se harán consignando al final el número de la misma y el número de página

² Giordano (2008) analiza brillantemente en su libro la columna de Moreno, pero no analiza el artículo al que nos referimos ni la relación con la revista *Babel*, a la cual pensamos, siguiendo a Alan Pauls, como instancia de intervención (Guyot, Gianera 2007). La presencia de Moreno a *Babel* es paradójica, ya que al mismo tiempo que da cuenta de la heterogeneidad de la revista, no puede pensarse simplemente como una figura exógena más. Sus artículos funcionan en ciertas ocasiones como un lugar desde donde mirar los conflictos menos claros en otras partes de la revista. Los mismos se plantean en función de los propios intereses feminista de la autora pero, desde ese ángulo singular, permiten objetivar ciertas cuestiones como problemas, cuestiones que de otra manera pasarían desapercibidas. Eso ocurre en el artículo que utilizo en este caso y también, por ejemplo, en “¿Que hacer?”, pregunta que retoma del texto de Lenin y que a partir de este texto de Moreno se puede observar que reaparece en otros lugares centrales de la revista como en el dossier publicado en el número 3 y en el texto de Matín Caparrós del número 10, insistencia que permite tensionar la idea de que la revista abandona cualquier pregunta que no se resuma en el ¿por qué se escribe?, cualquier pregunta que se aleje de lo eminentemente autorreferencial o que implique un ¿para qué?(Zina 2004)



¿Hay hoy una insistencia en la autobiografía?: este número de Babel parece sugerirlo, pero no como dice Gilles Lipovetsky en *La era del vacío* debido a la irrupción en el campo cultural de una generación narcisista. Quizás se trate de otra cosa. En la Argentina, el periodismo-ficción intenta simbolizar la desaparición de unos cuerpos que un cuerpo sobreviviente firma como autor. ¿No es esto escandaloso para quienes se proponen como el sostén ético del campo cultural?: ¿transformar el testimonio histórico en mercancía? ¿firmar los recuerdos de la muerte? ¿Acaso simbolizar no consiste más eficazmente en disolver la responsabilidad de autor en la responsabilidad -a través del anonimato- de todos?

En la otra punta, una literatura que sólo se sueña relacionada consigo misma. Eso se llama freudianamente *melancolía*. De un lado "J'acuse", del otro "Yo soy yo". O se es el Bien, puesto que se habla en nombre de los que ya no pueden hablar, o no hay otro bien que el bien decir. ¿Será el pequeño boom autobiográfico el síntoma de que la literatura desea un nuevo mito del cuerpo -ya no es el del militante, el loco, el marginado o sea el sacrificado, edificante como en los sesenta- sin que esto se traduzca en muerte? Hace dos décadas una revista llamada *Literal* tenía en su portada una frase feliz: "No matar la palabra. No dejarse malar por ella" (7: 33).

Si bien se sabe que Moreno cruza transversalmente la revista, su afirmación permite plantear una serie de problemas que se entrelazan en la publicación: por una parte, la necesidad de desligarse de ciertas actitudes que el análisis del pasado reciente generaba en el campo cultural y la necesidad de buscar un pasado más amplio para interrogar (¿la modernidad?) así como nuevas actitudes ante el mismo que supondrían la reformulación de una postura ética, de una ética de la escritura; por otra, el lugar fundamental que adquiere *Literal* para pensar cuál será la ética de esa escritura en el campo literario y relanzar hacia adelante el lugar de la literatura en ese hoy. Pero, fundamental y finalmente, me interesa la manera en que Moreno plantea la distribución en el campo literario: la dicotomía entre el yo acuso y el yo soy yo, entre la defensa de una literatura comprometida y la defensa del formalismo y la autorreferencialidad, como una dicotomía ya agotada, como discursos sobre el presente de lo literario que ya no dicen nada. Ante esto la apelación a lo autobiográfico se vuelve fundamental. Un paso

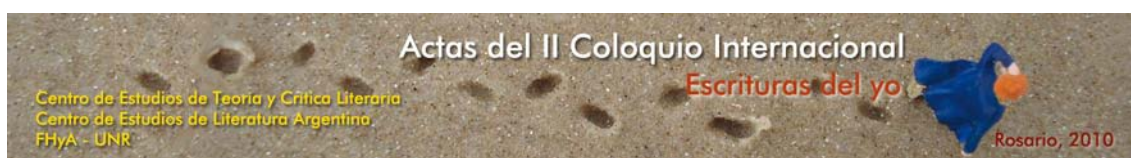


para atrás para lograr dar dos hacia adelante. Y si me interesa es porque es esta misma manera de plantear la dicotomía y de desarmarla, aunque cabe aclarar no siempre a través de la primera persona, la que se lee en otros lugares de la revista. Lo autobiográfico le permite a Moreno volver concreto un problema y pensar una solución, porque al fin de cuentas, como ella dice: “cuando se escribe “yo” enseguida se empieza a mezclar las haciendas” (7: 33).

El libro de Giordano se posiciona en un contexto en que los problemas que cruzan el campo literario se plantean de manera diferente. Si *Babel* parece ubicar la discusión en un *entre* que por un extremo piensa el cambio como una sucesión de sistemas dentro del campo del arte y por otro entrevé una necesidad de un punto de vista más radical para pensar ese mismo cambio, *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* se enfrenta y es materia de discusiones que giran en torno al segundo eje. Lo interesante es que Giordano vuelve a utilizar lo autobiográfico, reformulado y dando cuenta del cambio en esa reformulación, para mover la perspectiva y salir de otra dicotomía. Ante la necesidad de indistinción planteada por una posición, que marca el imperativo de borrar los guiones de los conceptos críticos, y los abismos en términos de resistencia que parecen proponerse desde el otro extremo, Giordano vuelve al yo una materia en disputa, un lugar desde donde proyectar hacia afuera, no ya o no sólo ya la literatura sino la propia mirada crítica: justamente allí donde tal vez nada podría leerse se lee una *intensidad*, que permite separar la paja del trigo pero que al mismo tiempo hace salir a la literatura de la literatura, una salida que no va hacia la indistinción sino hacia un lugar, podríamos argüir conociendo el resto de la crítica de Giordano, que la cultura no puede reconocer tan fácilmente.

No quiero decir con esto que las discusiones actuales sean repeticiones de otras que ya han tenido lugar, sino ver cómo funciona este tópico en un contexto y en otro. Eso que Moreno enunciaba en un margen y que aparecía como marginal en ciertas lecturas de Pauls, con cierto tono de futuridad o anunciamento³, reaparece reformulado,

³ No puedo detenerme en este momento en la centralidad de los artículos de Pauls en la revista ni en la manera en que vuelve a aparecer la dicotomía puesta en primer plano por Moreno. He trabajado sobre ello



potenciado y vuelto materia polémica, en términos de presente, en la lectura de Giordano (y no deja de ser interesante tampoco este pasaje del ensayo de escritor al ensayo crítico). Y es que la materia de análisis que utiliza Giordano plantea este problema: hubiera sido más fácil elegir autores jóvenes para justificar un giro, antes que autores que lo obligan a enfrentarse a una obra (porque estamos hablando todavía de autores que impiden que uno se desprenda de ese concepto) y que pueden argumentar “esto yo ya lo hacía desde antes”. Porque sólo el enfrentarse realmente a la inestabilidad de la hipótesis permite la conformación de una nueva mirada crítica. *Plantar* en el campo crítico esa tensión que reclama la pretensión de verdad formulada como un estatuto de lectura que ciertas escrituras requieren, para a través de esa tensión, a partir de ella y atravesándola, generar la posibilidad de un movimiento que pueda poner esa materia en disputa (quién se queda con el yo) dentro de los experimentos de la literatura, sin volverla “vieja” en ese gesto. Un reclamo en primera persona: “Tal vez nunca antes los experimentos autobiográficos en literatura corrieron tantos peligros como los que acechan detrás de los valores que promueven la cultura de lo íntimo (lo dice alguien para quien alguno de esos experimentos representan lo más vigoroso y prominente de la actual literatura argentina)” (2008: 9). Sin duda, en ese riesgo se juega el vigor y la prominencia (como para Moreno se jugaba la posibilidad de un nuevo cuerpo justamente en el uso diferente de algo reclamado o negado por otras formas)⁴. Si la “novela del yo” requiere una lectura que atienda a su estatuto ficcional y las “escrituras del yo” una que atienda a la “pretensión de verdad”, ambas obligan a pensar cómo se articulan con lo literario, porque si la época cambió, cambió para ambas y ninguna lectura, que quiera enfrentarse con lo literario hoy puede dejar de ver la tensión entre los estatutos, que pueden pensarse como tales sólo en esa tensión⁵.

en un artículo publicado en *Cuadernos del Sur* (Catalin 2008), y las hipótesis del mismo están siendo reformuladas en el primer capítulo de mi tesis.

⁴ Y tanto Giordano como Moreno utilizan la primera persona para marcar el Bien de las posiciones que se oponen que bienes y desde ahí formular las exigencias éticas a la literatura y a la crítica.

⁵ Sin duda, hay acá una hipótesis de generalización no dicha, no dicha ante todo por una desconfianza crítica a la generalizaciones, que se cruza con una una seguridad intuitiva de que las mismas sirven muchas veces para las buenas polémicas: pensar que a comienzos de los 90 la tensión crítica, los modos de leer, se resolvió para un lado (una mayor tensión en torno a lo ficticio) y que tal vez 10 años después se resuelve hacia el otro (el lado del “estatuto de verdad”, el énfasis en los límites), pero que todavía siguen



Entonces, volver sobre esto hoy me permite pensar el lugar de ciertas escrituras *entre* los discursos del presente. Y a partir de esta división que planteaba Giordano pensaba en Sergio Chejfec, el escritor de “la generación” que Giordano no menciona. En cómo una producción puede hacer de ciertos tópicos un paisaje, borrando los límites de lo literario, y de ahí saltar a la literatura. Pensaba que aunque con dificultad, *Baroni: un viaje* podía ser descripta como una “novela del yo”. Novela, el género de la modernidad, yo, uno de los ejes a partir de los cuales pensar el salto hacia otra cosa (pero primera persona también que puede ser la del ensayista, entonces relación con el ensayo, además, que abre por una parte una fuerte autorreflexividad y de ahí a la modernidad de Saer y por otra supone un verdadero borramiento de los límites de lo literario y de ahí a los argumentos con que otra crítica argentina y también no argentina ha pensado los límites de esa modernidad).

Pero, ¿qué hacer con *Mis dos mundos*? ¿de qué lado la ubico?

II.- Lo no escrito y el peligro de traslación o asimilación

En un libro del 2009, Nicolás Bourriaud, plantea la necesidad de volver a pensar la modernidad después del posmodernismo⁶. Para esto, para pensar el presente, propone el término “altermodernidad”. Ya desde el prólogo aclara dos o tres características que serían preponderantes en este arte contemporáneo (porque es de eso de lo que está hablando, de ciertas prácticas que podríamos encuadrar dentro de las artes plásticas, aunque la etiqueta se desborde por todas partes): un arte del radicante, que tiene como ejes principales una obsesión por la figura del viaje, de la expedición, del desplazamiento planetario y en el que correlativamente, aunque él no lo enuncie

existiendo las tensiones dentro de las narraciones (y no estoy pensando sólo en Daniel Link o en María Moreno en donde sería más fácil verlo sino también en Diego Meret e incluso en un texto como el de Gabriela Liffschitz), de las lecturas críticas de los propios escritores e incluso en la crítica, y es en tanto tensión con lo otro que no es y tal vez puede ser que funciona, lo que necesariamente posibilita que eso que no es pase a ser y a ocupar el centro.

⁶ Cabe aclarar, casi como si se eligiera desconocer que el posmodernismo planteó como uno de sus ejes esa vuelta y que, en sus mejores versiones, y estoy pensando acá en la lectura que, por ejemplo, Andreas Huyssen (2006) hace de Theodor Adorno, sirvió como excusa para recorrer las líneas alternativas de la modernidad



exactamente de esta manera, la condición errante adquiere un lugar central. Si uno, una en este caso, trabaja Chejfec, lo más probable que exclame ante esta afirmación “Bingo”. Ya está, Chejfec me queda totalmente en el presente, basta de lidiar con categorías como la de posautonomía que relegaban a mi pobre corpus a un pasado superado ya. Listo, Chejfec, la literatura de Chejfec, si encima tenemos en cuenta los desplazamientos del autor, lejos de la clásica categoría de exilio, como expresión de la altermodernidad. Y sin embargo, como ya resultará obvio debido a la ironía, algo me quedaba pendiente (cabe aclarar, de nuevo ante posibles suspicacias, que me gusta Bourriaud, me gusta la inestabilidad desde la que escribe, el riesgo que asume al pensar un retorno y la aceptación y *desaceptación* constante de la existencia del cambio).

En este punto debería proseguir con una explicación por una parte de eso que me quedaba pendiente a partir de Bourriaud y, por otra, en un nivel de análisis diferente, con la imposibilidad de clasificación de *Mis dos mundos*. Podría desarrollar lo que creo que es una temporalidad singular que la poética de Chejfec crea y recrea: obligarme a pensar un linealidad en la simultaneidad del presente, un entre dos épocas que permite luego multiplicaciones de tangentes, que supone una posición de lectura siempre atenta a no perder la tensión temporal constitutiva sobre la que se mueven sus narraciones. Podría decir que *Mis dos mundos* al mismo tiempo que plantea la errancia como condición vuelve, a partir justamente de una errancia que tiene mucho de la caminata del dandy, insistentemente sobre las claves de la propia poética, en un movimiento autorreflexivo que no puede no ligarse con la reformulación de ciertos procedimientos que encuentran en Saer una de sus expresiones más interesantes. Podría decir que esa vuelta hacia lo propio se hace muchas veces a través del aforismo, en el borde de la filosofía y lo superficial. Podría desarrollar, en esta sucesión de condicionales que evidencia ya casi rozando la obviedad que no voy a hacerlo, la idea de que el yo se arriesga contantemente al patetismo y es eso lo que al mismo tiempo, en el contexto que la ficción arma para sí a través de cierta utilización de lo abstracto y que impide el lugar común de la afirmación de que todo texto es autobiográfico y toda autobiografía puede ser ficticia, lo vuelve personaje de novela, en el sentido de que es lo que genera las peripecias no en el sentido de lo falso, y lo acerca a la exposición como riesgo que



suponen las escrituras del yo, justamente a través de las referencias a la propia obra literaria.

III.- Posdata

Cabe aclarar que escribí todo esto antes de leer el último libro de Josefina Ludmer (2010). Y si agrego un par de líneas es porque creo que “vienen al caso”. Cabe aclarar también que estas líneas son puramente hipotéticas.

Al leer la especulación de Ludmer pensaba, tenía la sensación, en la medida en que nunca se abandonaba el término literatura, que era necesario plantear en términos más comunes lo que se estaba discutiendo: lo que Ludmer instala en el campo crítico es una nueva polémica sobre la relación de la literatura con la realidad y las posiciones que la crítica puede (¿debe?) adoptar ante las nuevas aristas (no creo haber leído el sintagma “lo real” en el libro, que necesariamente obligaría a presentar las cosas en otros términos). Formulada así la cuestión, sin quitarle por eso, creo, especificidad al aparato crítico de Ludmer, me permite plantear algunos interrogantes. Me preguntaba entonces qué diferencia la indistinción entre literatura y realidad vuelta un valor, casi una obligación para enfrentarse correctamente a lo contemporáneo, de la exigencia de dar cuenta de la realidad que en otros momentos se le planteó a la literatura y a la crítica. Los valores que mueven esa puesta en valor⁷, obviamente, ¿pero qué más? ¿qué continuidades hay? Pensaba también en las políticas de la crítica, y en las exigencias que se le plantean, cuando se dice frecuentemente y formulado de diferentes maneras por ejemplo que “La especulación [que es el método crítico] atraviesa la literatura para ver los territorios de la imaginación pública: viaja, cruza fronteras, entra y sale, va y

⁷ Si se busca a través de la literatura leer la realidad, sobre todo en la parte de territorios, los textos que proponen esa indistinción son los que se eligen y por lo tanto resultan más valorables. Es una puesta en valor siempre ambigua y un valor que sería interesante discutir como lo que ocurre cuando se lee las temporalidades, si es cierto que la literatura a veces funciona como documento, es cierto también que en ciertos casos ese carácter se anula en la medida en que la realidad se vuelve solo documentos, pero al mismo tiempo hay momentos en que el diario se lee como testimonio, de hecho ocupan dos temporalidades diferentes en el libro, el día y la noche, y que el corpus se selecciona mayormente dentro de lo que se podría pensar como una noción amplia de literatura. Es como si la metodología oscilara y en esa oscilación diera cuenta de las tensiones que propone el material utilizado.



viene y recorre” (2010: 121). La realidad cambió, en eso el libro de Ludmer es claro y en él se compilan y comentan los discursos sobre ese cambio. Pero ¿Cuándo comienza el presente que para Ludmer define lo actual? Porque es evidentemente algo que ocurre, pero también algo que en cierto momento la mirada crítica de Ludmer puede ver, y la formulación de ese momento es fundamental porque instauro criterios de valor⁸. Recordaba que cuando Ludmer hablaba de gauchesca, justamente de la literatura antes de la autonomía, eso no implicaba la desaparición de lo literario, sino que lo literario se encontraba en la inestabilidad de los sentidos, que se conectan con uno y otro territorio al mismo tiempo, de las palabras dentro del poema⁹.

Pensaba finalmente qué interesante es cuando la crítica logra plantarse en la tensión que en ciertos momentos formula la mirada de Ludmer; que me interesa más, porque es justamente más política (un valor que ella insiste en destacar), cuando logra formular conceptos que tocan los dos territorios y no cuando plantea homogenizaciones. Tal vez el riesgo es ese: enfrentarse a lo que escapa del valor, a la homogeneidad que pareciera acecharnos más que nunca, no para sacar del valor todo el conjunto y perder la especificidad de las herramientas pero tampoco para rechazarlo y eludir el riesgo con herramientas prefijadas.

⁸ “En las dos posiciones o en sus matices, estas escrituras plantean el problema del valor literario. Todo depende de cómo se lea la literatura hoy o desde dónde se la lea. O se ve el cambio en el estatuto de la literatura en el interior de la industria de la lengua, y entonces aparecen otros modos de leer. O no se ve o se lo niega (no se imagina que estamos en otro mundo), y entonces seguirá habiendo literatura y no literatura, o mala o buena literatura” (155: 2010). Creo, de una manera que no puedo formular aún y más allá de lo que a Ludmer le parezca necesario hacer para estar en el presente, que lo que plantean las dos últimas dicotomías en términos de valor no pueden igualarse y que de la última a la primera parece jugarse un cambio que se dio en los últimos veinte años. No es lo mismo pensar, poner el énfasis, en si algo es buena o mala literatura a si algo es o no es literatura.

⁹ “La oscilación del sentido entre el uso del cuerpo y de la voz, entre la guerra y la guerra de palabras, constituye la materia literaria fundamental del género Porque allí está la literatura y lo que importa para la literatura es la indefinición, la discrepancia pero en las palabras “gaucho” y “patriota”” (2000 [1988]: 32)



Bibliografía

Babel. Revista de libros. n. 3, febrero 1989.

Bourriaud, Nicolás (2009). *Radicante*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo Editora.

Catalin, Mariana (2008). “Vueltas sobre *Babel. Revista de Libros*: valoraciones de *Literal* y reflexiones sobre realismo”. *Cuadernos de Sur-Letras*, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, n. 38, pp. 205-226.

Chejfec, Sergio (1989). “La dulce tiranía de la primera persona”. *Babel. Revista de libros*. n. 7, febrero, p. 23.

(2008). *Mis dos mundos*. Buenos Aires, Alfaguara.

Giordano, Alberto (2008). *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires. Mansalva.

Guyot, Héctor y Gianera, Pablo (2007). “Ya son grandes” (Entrevista a L. Brizuela, P. De Santis, G. Martínez y A. Pauls). *ADN*, 6 de octubre, pp. 6-11.

Huyseen, Andreas (2006). *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo editora.

Liffschitz, Gabriela (2009). *Un final feliz (relato sobre un análisis)*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.

Ludmer, Josefina (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires, Eterna cadencia.

(2000) [1988]. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires, Perfil.

Meret, Diego (2009). *En la pausa*. Buenos Aires. Mansalva.

Moreno, María (1989). “¿El retorno de los cuerpos vivos?”. *Babel. Revista de libros*. n. 7, febrero, p. 33.

Zina, Alejandra (2004). “*Babel*: un modo de nombrar el comienzo”. En *El matadero. Revista crítica de literatura argentina*, Segunda época, n. 3, Corregidor, Bs. As.